

EL GUIÑO

Me quedo mirando por la ventana, se ven los edificios más altos del barrio. Busco el edificio principal pero no alcanzo a verlo.

Una paloma se posa en el alféizar. Tras observarla unos segundos, alza el vuelo al mismo tiempo que suena una musiquita agradable que anuncia que se va a llamar a otra persona. Dicen mi nombre.

Recojo de la silla de al lado la chaqueta y el bolso, guardo los cascos y el móvil. Avanzo hacia el pasillo mientras miro hacia atrás por si me he dejado algo. Esquivo la fila de tres personas que se ha formado delante de la administrativa que cita para las analíticas. No me hace falta recordar la puerta que han dicho por el altavoz, es la 27, en mitad del pasillo, delante de la sala donde hace tres horas me han pesado, tomado la tensión arterial y extraído seis tubos de sangre en ayunas.

- Hola
- Hola Doctora, ¿cómo está?
- Bien, ¿y tú?

Sin dejarme responder, continua.

- Todo evoluciona dentro de la normalidad y la creatinina sigue en cifras estupendas

Suspiro.

- Menos mal, siempre vengo nerviosa por si sale algo mal.
- Todos decís lo mismo. Vamos a ver si hay que ajustar los inmunosupresores....
– susurra mientras dirige su mirada hacia la pantalla del ordenador.
- Doctora Salomó, me gustaría comentarle algo – hago una breve pausa, los segundos necesarios para que la Doctora deje sus gafas de pasta roja encima de parte de mi historial y me haga un gesto con la cabeza para que continúe.
- Mi pareja y yo nos hemos planteado la posibilidad de ser padres y quería preguntarle sobre el tema...si yo...podría...

La Doctora dirige su mirada hacia el otro extremo de la mesa, se pone de nuevo las gafas, rebusca dentro del sobre y lee atentamente las dos primeras hojas que ha sacado del expediente.

- No estaba segura, por eso lo he comprobado. Tú ya tienes un hijo, de ocho años si no me equivoco, sabes lo que es ser madre - juega con sus gafas hasta que deposita sus ojos en los míos - ¿De verdad quieres arriesgarte?

Guardo silencio mientras me lleno de lágrimas.

- Por lo pronto deberíamos realizarte un estudio completo y elegir el momento de concepción. El embarazo deberías pasarlo ingresada, tendría que vigilar tus parámetros a diario y deberíamos pausar el tratamiento de Myfortic porque puede causar malformaciones en el feto. Al eliminar de tu tratamiento este inmunosupresor es posible que pierdas uno de los dos órganos trasplantados, no te podría decir cuál. ¿Vale la pena?

Quiero responder, pero ella sigue hablando con seguridad. Me intimida.

- Soy tu doctora desde hace seis años, hemos luchado mucho para que tu actual situación sea la que es... - hace una pausa, su voz y su gesto cambia -. Te entiendo – susurra en un tono dulce -. Se lo que es querer ser madre con todas tus fuerzas y que el destino no te acompañe. Comprendo tus sentimientos, sé la responsabilidad que sientes hacia tu pareja, la culpa que te atormenta por no poder hacerle padre, por no poder compartir esos momentos con él, pero quiero que recuerdes que lo importante eres tú. Sólo tú.

Al fin encuentro el hueco, y las fuerzas, para expresarme.

- Siempre me he creído una persona segura de sí misma, con una rebeldía innata a esos roles que se nos asignan por el simple hecho de ser mujer, nunca he creído en eso de la “llamada maternal” pero.... – empiezo a balbucear -. Él no me presiona, es un buen hombre que se preocupa por mí y no quiere que ponga mi vida en riesgo por absolutamente nada. Soy yo la que...

Mientras me limpio la nariz con los pañuelos de papel que la Doctora me ha ofrecido, observo como coge el teléfono, marca, se pone el auricular en la oreja y dice una única palabra: “Ven”.

Aún no he acabado de limpiarme las lágrimas cuando un hombre alto, de buen aspecto, pelo canoso y ojos grandes, abre la puerta, mira a la doctora con una media sonrisa y se sienta a mi lado.

- Te presento a mi marido, es enfermero de esta unidad, está en la consulta del Dr. Torrefreda.

No entiendo nada, pero saludo.

- Encantada.
- Siempre que Mara me llama es por lo mismo así que iré al grano – me mira con cariño y empieza a hablar con entusiasmo -. He deseado toda mi vida ser padre. Era mi sueño. Tener la casa llena de juguetes, bicicletas, platos de colores.... – los dos se miran – y cuando nos conocimos supe que era ella con quién quería cumplirlo, pero no se pudo. Lo probamos todo, pero nada. Tras varias pruebas supimos que era Mara la que... - vuelven a mirarse -. Un problema cromosómico. Me bastó una noche para saber que renunciaría a mi sueño, pero no a mi relación. Ella no pensaba lo mismo: la culpa, la responsabilidad, cayó en una depresión que casi nos cuesta la pareja – mira sus manos – pero lo superamos, juntos, encontrando alternativas. Empoderándose. Creyendo en su valía más allá de roles y estereotipos. Ahora tenemos dos hijas, adoptivas, ella acabó su carrera y yo abandoné medicina para estudiar enfermería, que me permite estar más tiempo en casa y dedicarme a disfrutar de todos los platos de colores que hemos ido comprando con los años.

No me había dado cuenta, llevo sonriendo desde que me ha mirado. Giro la cabeza hacia ella. Se ha recostado en su sillón y transmite paz. Me guiña un ojo. La consulta acaba. Mis dudas también.